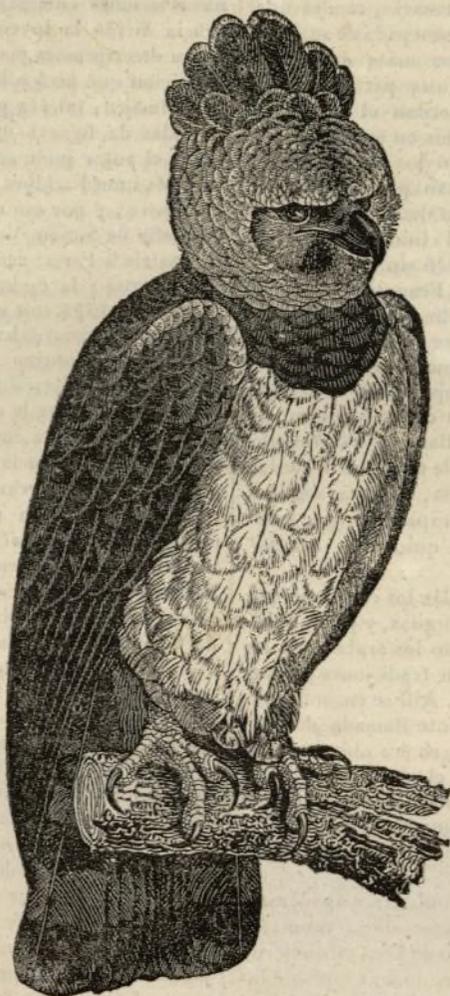


HISTORIA NATURAL.



LA GRANDE ARPÍA DE AMÉRICA.



ESTA ave pertenece á la clase de las de rapiña, y se distingue genéricamente por sus alas cortas y su talla superior á la del águila comun. El plumaje es ceniciento en la cabeza y cuello, pardo negruzco en el manto y á los lados de la pechuga, blanco amarillento por debajo, y rayado de pardo en las patas y cola: tiene sobre la cabeza un moño negro formado por algunas plumas gradualmente prolongadas.

Designase tambien á la grande arpía con los nombres de *águila de la Guayana*, *águila destructora* &c.: habita

solamente en América donde hace una horrible carnicería en cuantos animales y aves puede procurarse. Sus garras son grandes y temibles, y ningun ave de rapiña tiene el pico tan formidable, si hemos de dar crédito á los viajeros que aseguran que de un solo picotazo ha traspasado algunas veces el cráneo á un hombre. Lo positivo es que arrebatada y se lleva con la mayor facilidad un cervatillo. Habita las grandes selvas, y no se la vé nunca salir de ellas.

ESPAÑA PINTORESCA.

LA SIERRA DE FRANCIA.



ERCA del valle de las Batuecas, de que ya dimos cuenta en el Semanario, se alza una montaña elevadísima, escarpada de malezas desde cierta altura, y que remata en una masa de piedra cenicienta. A su falda se estienden por una parte bosques llenos de lozanía y verdor; por otra bordan el horizonte muchos pueblos y caseríos desparramados en aquel terreno frágil que los oculta entre las peñas, ó los encubre con el espeso ramaje de arboledas que brotan por dó quiera, regadas por las aguas que se desprenden de lo alto, y acariciadas por la dulzura y templanza del clima. Y en la cúspide de esta montaña hubo antes de 1836 un convento.

Esta montaña se llama sierra de Francia, y sobre el motivo discurren tan varia como inútilmente algunos que se han ocupado de esto. Lo cierto es que hay tradición de que habia algunos franceses entre los que se refugiaron allí del furor de los árabes. En aquel tiempo debió de figurar mucho en la historia de la persecucion del catolicismo, si hemos de hacer conjeturas por las huellas que han llegado hasta hoy; pues se conservan vestigios de escaleras labradas á pico en el corazon de la peña, pesebres, y cuevas cegadas en parte, aunque algunas todavia son capaces, segun la expresion de los ganaderos del pais, "de quinientas cabras" con poca diferencia.

Es probable que se refugiasen en ellas los cristianos que vivian en la circunferencia de algunas leguas, y persiguiéndoles, llegasen hasta tropezar con ellos los árabes que les dieron reñidos combates, en que, segun tradiciones y papeles, los cristianos siempre salian mal. Allí se encontraron en una refriega que hubo en un monte llamado despues Monte Sacro y por corrupcion Monsagro dos obispos, Don Cenon, obispo de Ciudad-Rodrigo, y el obispo Hario que cuentan francés, heridos ambos y tan mal parados, que andubieron el que mas los leguas, y murieron en dos pueblecitos á la falda del monte, de los que el uno conserva todavia el nombre de Sepulcro-Hario.

Al fin los árabes debieron de circumbalar y apoderarse de los pueblos y defensas en los arranques de la montaña; que los monjes de un convento llamado de Lera escondieron una imagen que veneraban con ardor, en lo mas espeso é intrincado de aquellas malezas perpendicularmente sobre el convento. Este fue destruido á poco. Los cimientos y algunos vestigios se conservan hoy; y esta conjetura que vamos diciendo apoyada en datos auténticos en cuanto es posible que los haya, pues confiesan todo menos el hecho de la ocultacion de la imagen, es una de las esplicaciones que encuentran los de aquel pais de lo que diremos ahora. En este artículo vamos extractando y ordenando algunas de las noticias que nos han comunicado personas instruidas; no añadimos comentarios porque no tienen ninguna utilidad cuando se trata de hechos y tradiciones que en la esencia podrán parecer enteramente inverosímiles á unos, y que otros creerán necesarios. En esto no tiene la crítica una regla segura é independiente de la fe, ó de las pasiones y del espíritu de la época.

La tradicion y las crónicas del siglo XV convienen en que fue hallada por aquel tiempo la imagen que se veneró despues en la Peña de Francia, aparecida segun opinion en

estas sierras, motivo que dió lugar á que por un privilegio que espidió D. Juan II en 1441 se fundase en lo mas alto un convento con su advocacion. Han observado algunos la semejanza de sus formas con las de las imágenes que habia en Atocha y en otras iglesias de lejana antigüedad ó grande nombradía; y como consta por relaciones de Ambrosio de Morales, D. Sancho de Avila y otros, que S. Pedro trajo de Antioquia la de Atocha, han inferido que tambien pudo venir esta.

Pero aparte de estas conjeturas, hay en los archivos de algunos pueblos vecinos de este paraje que nos ocupa, algunas relaciones curiosas acerca del modo con que la Providencia dirijió la invencion de la imagen en el siglo XV. Se hacen descripciones poéticas y raudorosas en octavas, de la maldicion que pesó sobre la tierra en donde estaba enterrada la imagen, tal vez por contrastarlas con otras muy recargadas de figuras que añaden desde el descubrimiento. Como el autor pudo ser algun clérigo regular ó secular de aquellas inmediaciones con mas fe que instruccion, valen bien poco, y por eso no las insertamos. Despues hacen la biografía de Simon Vela, que fue el descubridor, y le dan por patria á Paris, refieren el nombre y profesiones de sus ascendientes y la época de su nacimiento fijándole en setiembre de 1384 con muchas eclamaciones acerca del destino que le aguardaba, segun costumbre de los escritores místicos de entonces.

Una revelacion divina descubrió á Simon Vela el glorioso encargo que le confiaba el cielo, siete años antes de verificarse; durante cuyo tiempo recorrió sin cesar todas las provincias de Francia buscando el paraje que dá nombre á este artículo, y cansado de no encontrar en su pais la solucion del enigma misterioso de la providencia, se resolvió á venir á España. Las peregrinaciones de los cristianos eran mas frecuentes en aquel siglo que ahora; los que hacian viajes largos considerando su peligro y su dificultad se unian á ellas, y así fue como vino Simon hasta Santiago de Galicia. Desde esta ciudad pasó á la de Salamanca movido de la fama que tenia su universalidad, á que concurrían ya hombres de todos los puntos de la peninsula y de fuera, entre los que no era difícil hallar alguna razon del pais que le costaba tanto afan.

Aquí introducen las narraciones el cuento de un reo perseguido por los tribunales, á quien oyó decir que no darian con él si lograba internarse en la sierra de Francia; por el mismo tiempo oyó decir á un carbonero que vendia carbon de la Peña de Francia, y juntando estas dos especies, é informándose ligeramente de su paradero, dedujo que debía de ser muy cerca, y se determinó á seguir al carbonero sabiendo que se dirijia allá. Hicieron alto en un pueblo muy próximo, llamado Miranda del Castañar desde cuya plaza preguntó al dia siguiente á la salida de misa á un paisano; ¿si estaba muy lejos el teso de la Peña de Francia? la respuesta fue enseñárselo con la mano. Simon Vela comenzó á caminar.

Durante el viaje la Providencia cuidó de su vida ya tomase alimento ó no; llegado á la cima registró con avidéz cuanto pudo, hasta que haciéndose muy de noche se recojió á pasarla al abrigo de una peña. Entonces desplegó la naturaleza con todo el impulso de su fuerza los elementos, empezó á llover primero deslizándose suavemente las gotas por entre el ramaje de los árboles, y á lo lejos se vieron resplandores lijeros en las nubes ofuscadas gradualmente por la lluvia, cuya rapidez creciendo con el espesor de las gotas impedia la vista. El ruido del viento se repetía en los ecos de las peñas cóncavas, y azotaba las aguas de muchos pozos naturales, á cuyo fondo descendía jimiendo con desesperada impaciencia; á todo lo cual mezclábanse truenos de estrepitoso temblor, pasando rastreros sobre la mon-

taña. Aquel estruendo sobrenatural que conmovia sus cimientos, y amenazaba romper los del mundo, desgajó peñas muy bravas de lo alto que bajaban en escalones sonando su choque con otras en golpes roncós y compasados, hasta zambullirse en el fondo. Despues calmó esta medrosa batalla, y al levantarse el crepúsculo solo se percibe la armonia del agua que en muchos cauces baja lamiendo la inclinacion por unas partes, y por otras cae desplomada sobre las mieses.

Simon Vela se duerme al principiar la tormenta, pero en lo mas crudo se le cae sobre la cabeza una piedra, y le hiere gravemente. Cuando existia el convento enseñábase en el un cráneo agujereado que pretendian ser el suyo herido de esta noche.

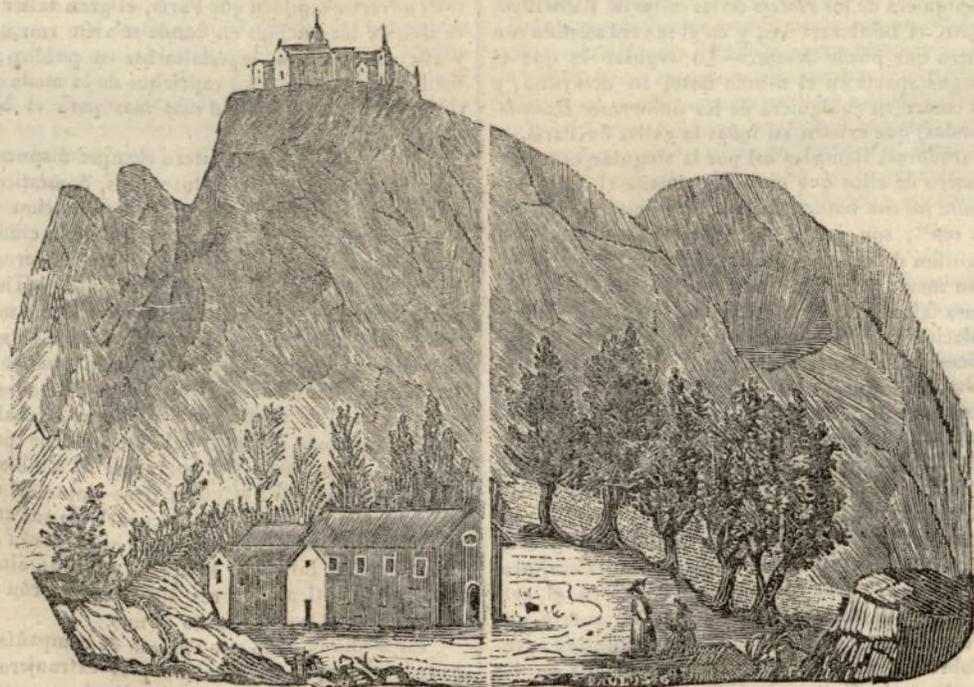
A pesar de ella busca desde el amanecer del día siguiente, y nada encuentra. Por fin retirado al anocheecer en el mismo sitio que el día antes, y cuando se iba á quedar dormido oyó una voz que decía "Simon, vela, y no duermas." Cuentan los papeles que vamos estractando que á poco rato tuvo una aparicion y se le reveló el sitio en donde debía buscar la imájen, pero no pudiendo mover solo una losa que habia encima vino á S. Martín del Castañar. Allí departió el asunto con una persona cuyo nombre se cita, de lo que resultó buscar otras cuatro, tambien citadas por sus nombres y apellidos, que no sin alguna dificultad lograron reducir, encaminándose todos á la sierra. Los cuatro adjuntos se habian persuadido que iban á encontrar algun tesoro, y no hallando trazas, se revelaron contra Vela, y quisieron matarle con los azadones que llevaban. Pero los ruegos y lágrimas amansaron su cólera, y se consiguió que

imitasen el ejemplo de Vela, uniendo sus fuerzas para levantar aquel enorme peñasco labrado que parecia destinado á agotarlas, hasta que al fin alzado con mucho sudor y constancia, encontróse debajo la misma imájen que se ha venerado en el monasterio, y colocáronla con grande respeto y mucha reverencia en una especie de cabaña natural que formaban dos ó tres piedras inclinadas una sobre otra. De todo esto dió testimonio el escribano público, poco despues del cual aparece la fecha de este suceso que fue 19 de mayo de 1434.

A poco se construyó una capilla de madera y despues un convento, por gracia de que hemos hablado, cuya nombradía se estendió con rapidez llegando á ser uno de los mas célebres de Castilla. Tambien crecieron sus riquezas escitada la caridad de tantos como concurrían ó por curiosidad ó por haber hecho algun voto como era muy frecuente. Todo lo cual y las ferias que se celebraban allí anualmente valian cuantiosas liberalidades, realzando el lustre y servicio de aquella iglesia, y añadiendo al esplendor y fama con que se estendia por las llanuras de Castilla el nombre del santuario de la Peña de Francia siempre mirado con fervoroso respeto.

De él no quedan hoy mas que escombros que sirven de guarida á la caza y de nido á los pájaros. Algunas huellas se conservan tambien á la falda de la montaña, del antiguo monasterio de Lera que destruyeron los árabes, pero aunque la vista abraza de una ojeada el espacio, entre los escombros de encima y los de abajo estan agrupados once siglos.

J. ARTAS GIRON.



(La Peña de Francia).

RECUERDOS DE VIAJE (1).

XI.

PARIS.



En los anteriores artículos hemos seguido, aunque ligeramente, al extranjero en sus escursiones parisienses, é indicádole aquellos objetos que naturalmente deben fijar su atención y su estudio. Procuremos en el presente (último de los seis que dedicamos á describir aquella capital) acompañarle en el sistema de su vida privada, presentando la relación del individuo con el caos de confusión que ofrece tan inmenso pueblo, y algunas observaciones sobre el modo de vivir de sus habitantes.

Todas las comodidades que exige el bienestar material le son ofrecidas, como ya queda demostrado, al forastero que llegando á París con buena voluntad y recursos pecuniarios, quiera aprovechar su tiempo, y tomar parte en el sin número de goces con que le brinda el interés ageno. Tiene para su mansion centenares, miles de casas públicas, donde es recibido con decoro y aun magnificencia, según sus facultades, pudiendo situarse convenientemente y en los mejores barrios de la capital, mediante una justa retribución, desde la modesta suma de un franco diario, hasta la de veinte ó veinte y cinco y mas. — Suponiendo que el forastero no sea un pobre estudiante de los que escogen la primera de aquellas moradas, en las calles de Santiago ó de la Harpe, ni tampoco un lord inglés ó un grande de España de los que asisten frecuentemente en el *Hotel Meurice*, ó en el de *Castilla*, puede asegurarse que por sesenta á ochenta francos al mes hallará una cómoda y linda habitación en cualquiera de los *Hotels* de las calles de Richellieu, San Honorato, el Boulevard &c., y en él se verá asistido con todo el esmero que puede desear. — Lo regular es que el forastero pague aparte en el mismo hotel su desayuno, y que salga á comer en cualquiera de los numerosos *Restauradores* (fondas) que existen en todas las calles de París. — Estos restauradores, llamados así por la singular ocurrencia del primero de ellos que puso por enseña el texto sagrado "*Venite ad me omnes qui stomacho laboratis et ego restaurabo vos*", son una de las especialidades de París, por su magnífica decoración, su elegante servicio, y lo esquisito de su mesa; y á ellos acude constantemente, no solo la inmensa falange de forasteros, sino también gran parte de la población parisiense, en especial los celibatos y gente jóven; siendo por manera interesante el espectáculo que presentan desde las cinco á las siete de la tarde en que se verifica la comida; iluminados lujosamente, llenas todas sus mesas de concurrentes, agitados por las idas y venidas de multitud de criados apuestos y serviciales, y regentados por elegantes damas que los presiden desde un rico bufete. — Es preciso convenir también en que si hay pueblos privilegiados por su situación local, en los cuales puede gustarse los manjares mas esquisitos que ofrece la naturaleza, ninguno, sin embargo, puede competir con París en el arte singular con que allí se sabe prepararlos, de suerte que es preciso un mal estado de salud, ó una costumbre inveterada de sobriedad para no pecar de gastronomía en los seductores salones de *Véry*, y de *Vesfour*, de los *Hermanos*

(1) Véanse los anteriores artículos en los doce últimos números del Semanario.

Provenzales ó del *Rocher de Cancale*. — Asombra verdaderamente la contemplación de sus libros, que no listas, de artículos de consumo; confunde y embrolla la nomenclatura fantástica de sus salsas; y seduce naturalmente y satisface el aseo y limpieza de su servicio, el ingenio y novedad de su condimento. Suponemos igualmente que el forastero tampoco querrá frecuentar todos los dias aquellos privilegiados templos de la gula, ni gastar en ellos quince ó veinte francos para su ordinaria refacción; pero tiene en su mano el ir descendiendo á otros establecimientos mas modestos hasta los numerosos del Palacio Real, en donde por dos francos se le sirve una sopa, tres ó cuatro platos de guisos ó asados, y un postre, con el pan y vino correspondiente, y todo bien condimentado, aunque no de tan claro origen ni bien demostrada alcurnia. — El término medio son los restauradores del Boulevard, donde pidiendo los platos por lista, y reuniéndose dos amigos, pueden hacer una excelente comida por cuatro á cinco francos cada uno.

Para abrir el apetito ó para procurar una buena digestión hay también hermosos paseos en los llamados *Campos Elíseos* de una prodigiosa extensión, y en los bellísimos jardines de las Tullerías y del Luxemburgo, en todos los cuales y según las respectivas estaciones y horas, asiste una crecida concurrencia, ora de niños juguetones y de descuidadas niñas, ora de forasteros y desocupados, ora en fin de una parte de la brillante sociedad parisiense. — El paseo, sin embargo, en aquella capital no es una necesidad diaria y obligada como en la nuestra, por varias razones que se deducen del clima, del distinto repartimiento de las horas del día, de las distancias y de la mayor ocupación; así que, solamente en dias muy claros y despejados de primavera y otoño puede caracterizarse de paseo elegante el jardín de las Tullerías ó los Campos Elíseos, pero nunca (proporcion guardada) presentan el conjunto halagüeño y aun magnífico que el Prado de Madrid en una hermosa mañana de invierno con su elegante concurrencia y la mezcla lujosa de las modas nacionales y las extranjeras; porque es de advertir también que París, el gran taller de la moda, es uno de los pueblos en donde se viste con mas descuido y afectada sencillez, especialmente en público, dejando la brillantez del lujo y los caprichos de la moda para la sociedad privada, ó cuando mas para el balcon de la Ópera.

Tiene, en fin, el forastero siempre dispuestos á servirle de brújula en tan inciertos mares, domésticos inteligentes, que mediante su convenida retribución le iniciarán prácticamente en todos las revueltas de la ciudad, le mostrarán sus tesoros, y le servirán en los primeros dias de hilo conductor en tan intrincado laberinto. — Tiene facultad por una corta suma de tomar un aire mas ó menos importante, valiéndose desde el modesto *cabriolé de place* á razon de seis rs. por hora, hasta el elegante *landau* de cifras y armaduras anónimas. — Tiene sastres afamados que en el corto término de veinte y cuatro horas, rehabilitarán su persona con todo el rigor de la moda; tiene perfumistas y peluqueros que harán por horror de su semblante las huellas del tiempo ó del estudio; tiene empíricos que le ofrecerán elixires de larga vida, y curarle de sus enfermedades por ensalmo; tiene camaradas que encomiarán su talento á cambio de un billete de la ópera, ó de un almuerzo en el café de París: tiene mujeres que le entregarán su corazón y dependencias por un tanto al mes.

En medio de todo este aparato de compañía, y rodeado de toda esta nube de obsequios, el extranjero acaba por echar de ver que está solo, en medio de un millón de personas; acaba por entregarse al fastidio en medio de la mas agitada existencia. — ¿Qué es lo que le falta? (se dirá). — ¿Qué! ¿no lo han adivinado mis lectores? le falta la socie-

dad íntima y privada, aquella que produce las verdaderas relaciones del corazón, aquella que causa los más dulces y tranquilos gozos del alma. Esta sociedad, esta grata concordancia no vaya el extranjero á buscarla en un pueblo extraño, inmenso, agitado y egoísta; y en el momento en que saciado de su bullicioso espectáculo, se le revele aquel vacío, vacío para llenar el cual son insuficientes todos los halagos brillantes de los sentidos, abandone inmediatamente aquella fantástica escena, y sálgase del torbellino en cuyo centro permanece ya inmóvil y yerta su imaginación. Porque en aquella indiferente sociedad, de cuyo conjunto no forma parte, hallará, sí, aduladores de su fortuna, cómplices en sus devaneos; pero no amigos desinteresados y firmes, ni compañeros en su adversidad; porque tendrá, sí, abiertas á su persona, ó más bien á su bolsillo, todas las puertas de los espectáculos, todas las casas en que se reuna una interesada sociedad; pero le serán cerradas las de la vida privada, el interior de la familia que en vano pretenderá conocer; porque acaso recibirá de vez en cuando una elegante invitación á un festín, ó á una *soirée* de su banquero de la *Chaussée d'Antin*, ó de sus relaciones del cuartel de S. German; pero pasarían muchos años antes que una familia respetable le reciba en el reducido círculo de su gabinete, donde pueda aprender los verdaderos caracteres y costumbres de la vida privada. — La desconfianza natural en pueblo tan heterogéneo; el egoísmo que inspiran el cálculo y el interés; la agitación continua, hacen que el habitante de París sea, en efecto, el único misterio inaccesible al extranjero, la única cosa que se escapa á su investigación. Aun sus propios convecinos no son los mejores jueces en la materia, porque ellos mismos no se estudian ni frecuentan entre sí, y á no ser una parte de la sociedad que como más dispada se ostenta diariamente con su pomposo aparato de pasiones exageradas (que es la sociedad casi incomprensible que nos retratan los *Balzac*, *Soulié* y *Sand*, en sus ingeniosas novelas) las demás aficiones privadas, permanecen modestamente ocultas tras de la brillante escena del gran mundo. — Sin embargo, de algunos datos ó indicaciones que se escapan al través de tan espesa nube, viene á deducir el extranjero que el interés egoísta es la base principal del carácter de aquel pueblo, y que sacrificando á él alternativamente ya los sentimientos más sublimes, ya las inclinaciones más rastreras, se abrazan con el trabajo, y ahogan el vuelo de la fantasía y los tiernos impulsos del corazón. La familia allí bajo este aspecto es más bien una asociación mercantil que una agrupación natural. El marido y la mujer son trabajadores y consecuentes más por cálculo que por virtud; su amor amistoso está fundado en el mútuo interés de la sociedad; y los hijos, mirados como réditos de aquel capital, son entregados á ganancias en manos de sus preceptores para enseñarles una profesión ú oficio, para adquirir conocimientos que hagan más crecido su valor. Todo lo que á esto no conduzca lo miran como inoportuno y hasta incómodo, y por eso rehuyen la sociedad frecuente y exterior, y por eso ponen delante del dintel de su puerta el misterioso emblema de la etiqueta que parece decir al indiscreto "no has de pasar de aquí;" y por eso acaba el extranjero por aburrirse en un pueblo donde nada puede ver sin pagar su billete, en un teatro donde no puede nunca llegar á ser actor.

¡Qué diferencia de nuestra sociedad castellana donde la franqueza natural, la amabilidad y el desprendimiento abren de par en par las puertas al recién venido, y á dos por tres le brindan aquella espresiva fórmula de "*Esta casa está á la disposición de V.*" Aquí los dones privados del ingenio son prodigados con amabilidad y sin interés alguno; aquí sin hipocresía, sin reserva, se ponen de manifiesto los más oscuros senos del corazón; aquí nadie cal-

cula el timbre ni la riqueza del presentado para medir sus palabras, ni profundizar sus cortesías; aquí las prendas naturales, el talento, la belleza, ó una galan cortesía, bastan para hallar en los labios una grata sonrisa, un lugar privilegiado en el alma. Aquí los talentos de sociedad se brindan gratuitamente en reuniones amistosas, no en círculos pagados y públicos; aquí los artistas, los poetas, hacen sonar los ecos de su voz y de su lira para recreo de sus amigos, no por una mezquina especulación; aquí cuando llega un extranjero, sea diplomático altisonante, amigo ó enemigo de nuestro país, sea pedante literato, despreciador injusto de nuestras costumbres, sea especulador industrial que venga con deseo de abusar de nuestra buena fé, se le recibe y obsequia á porfía en nuestros liceos y sociedades privadas; se le hace un lugar (¡acaso demasiado!) en nuestras almas; se le adula imprudentemente, y se le confían los datos para que luego sirva contra nuestra política, revele y exagere nuestros defectos, engañe y comprometa nuestro interés.

Sirva de aviso á nuestros compatriotas que en vano pretenden encontrar nada de esto en los pueblos extranjeros, y singularmente en París: que aun el agradecimiento no tiene lugar en quien cree que el agasajo nuestro es un tributo debido á su superioridad; en quien suele pagar nuestra amistad con una afectada cortesía, y la más pequeña prueba de amor con una infamante vanagloria. — Sepan nuestros literatos (que tan ávidos son de traducir las más mezquinas producciones de los ingenios de allende Pirineos) que las suyas son allí completamente ignoradas, y sus nombres mirados con el más injusto desden: sepan nuestros políticos, que tanto se afanan en remedar á los modelos extranjeros, que sus ridículos esfuerzos son mirados con sonrisa en los altos círculos del cuartel de S. German ó de la plaza de S. Jorge; sepan nuestras jóvenes, que su amor ó su amistad, si indiscretamente los brindasen, pueden servir de pretexto á novelas y dramas ridículos en donde se convierten en caricatura los más nobles sentimientos, y sepa en fin el viajero que al llegar á aquella capital no puede contar seguramente con amistades sólidas, y que á su salida no dejará tampoco relaciones de corazón.

Por fortuna existen en ella siempre compatriotas de todo viajero, en cuya compañía se hace casi indiferente la dificultad del trato indígena, y esta es una razón más para que el extranjero pueda pasar en París una temporada agradable, por ejemplo, de un año, pues prescindiendo de las satisfacciones privadas, la vida pública le ofrece bastantes para no echar de menos aquellas.

El día primero del año abre magníficamente aquel animado espectáculo, con el singular que ofrece el movimiento de la población, que en aquel día celebra con suntuosas visitas y regalos amistosos y de familia los estrenos de año nuevo; y es imponderable el soberbio aparato que en muebles y alhajas de valor, dulces y chucherías desplagan todas las tiendas y almacenes, y el considerable número de millones de francos puestos en circulación para satisfacer esta costumbre, explotada como todas por el interés y el cálculo parisien. — Viene luego el carnaval con su estrepitoso aparato de orquestas y danzas: todos los salones de las altas aristocracias nobiliaria y mercantil, empezando por los regios de las Tullerías á concluir en los de los especuladores afortunados de la bolsa, desplagan en esta temporada su respectiva magnificencia en bailes serios, ó disfrazados (sin careta), y en magníficos conciertos y *soirées* entre las cuales las más de buen tono son las del cuartel de San German. — El pueblo en general tiene también abiertas y brindándole las puertas de todos los teatros y otros establecimientos públicos, desde el magnífico salón de

la Ópera hasta la hedionda escena de *la Courtille*, donde puede entregarse libremente á aquella alegría frenética, á aquel vértigo febril que agita en semejante caso á aquella entusiasta poblacion. — La máscara francesa no conserva nada del carácter galante de la italiana y española, y mas bien es un salvo conducto de demasias, un obsceno emblema de impudor. ¡Lástima causa que salones tan magníficos y bellos como los de la Academia real de música, los del Renacimiento y la Ópera cómica, sirvan de escena á aquellas turbulentas y asquerosas bacanales en que cinco ó seis mil personas fuera de sí parecen dominados por un espíritu infernal! — Escusado es decir que la sociedad escogida no asiste á semejantes reuniones, y solo como mera espectadora y en una interminable fila de coches se presenta el mártir de carnaval lo largo de los Boulevares, para ver la grotesca procesion del *Buey gordo*, enorme animal que revestido de guirnaldas, emblemas y colorines es paseado pomposamente con una lucida comitiva de sátiros, salvajes, turcos, beduinos, y ninfas de lavadero.

Los teatros y diversiones públicas siguen sin intermision durante la cuaresma, y el viernes santo por la tarde se tiene en direccion del bosque de Boloña, el gran paseo conocido por *Longchamps*, del nombre de una antigua abadía que no existe, y á que acostumbraba en otro tiempo acudir la poblacion parisiense; el cual paseo por la multitud y belleza de los carruajes, caballos, trajes y modas que en él se desplegaban vino á ser el dia que formaba época de la moda anual. Hoy ha decaido mucho de esta importancia, y los forasteros que van solícitos á presenciar aquel espectáculo suelen ser sin advertirlo los únicos actores de él.

La primavera en París viene á ser una pura metáfora pues en realidad puede decirse que allí no se conoce mas que un prolongado y rigoroso invierno que dura desde noviembre hasta mayo inclusive. Durante él las lluvias, las nieves, los frios escesivos, alternan sin cesar con una espesa niebla que embarga casi de continuo el sol, y penetrando su humedad en los cuerpos, produce un mal estar indefinible, un tedio singular; y á veces impregnada en pestilentes miasmas causa irritaciones de nervios, arder en los ojos y en la garganta y jaquecas agudas. No hablemos de los demas inconvenientes producidos por la humedad constante del piso, ni del espectáculo inmundado que ofrecen las calles en meses enteros de lluvias y nieves, ni de un frio, en fin hasta de 15 grados por bajo de cero que permite á los aficionados pasear tranquilamente sobre el Sena. — Sin embargo algunos dias de marzo, y de abril suele acertar el sol á dominar la espesa bruma que le envuelve, y en ellos es por manera agradable el paseo de dos á cuatro de la tarde por el animado boulevard de los *Italianos*, ó por las hermosas losas de la calle de la *Paz*, sitio privilegiado de la mas brillante concurrencia. — El 1.º de mayo como dia de la festividad del rey, hay (ademas de la gran recepcion y peroratas del palacio) muchas fiestas públicas, fuegos artificiales, eucañas, carreras en barcas, iluminaciones &c., las cuales fiestas se reproducen oficialmente en los dias 29, 30 y 31 de julio, aniversarios de la revolucion de 1830; y en ambas ocasiones el pueblo de París acude sin tomar parte y como simple espectador. Porque aquel pueblo no tiene como todos los demas su fiesta propia ó patronal, y aun las religiosas le son indiferentes, de suerte que los dias de la Semana santa, del Corpus, pascuas y demas y hasta el de Santa Genoveva, venerada antiguamente como patrona de París, pasan en él desapercibidos, y solo los dias de fiesta nacional como los arriba citados son los que le reunen en comun solaz. — La exposicion anual de pinturas en el Louvre, y la de la industria, cada cuatro años, son espectáculos tambien que animan la primavera en aquella ciudad.

Llegados los ardores de junio, toda la sociedad que se respeta huye lejos de los muros de la capital, y van á guarecerse cual á su lejano castillo de la Bretaña, cual á su magnífica quinta de la Turena, este á los elegantes baños de Spa ó de Wisbaden, aquel á su modesta posesion de Montmorenci ó de Passy. Y los que obligados por sus ocupaciones, tienen que estar condenados á permanecer en la capital, aprovechan la ocasion de los domingos, para lanzarse fuera de barreras en omnibus, fiacres, coucou, diligencias y vagonas; en barcas por el rio, ó arrastrados por el vapor en los caminos de hierro; corriendo á saborear las delicias del campo aunque no sea mas que á una GUINGUETA (especie de establecimientos campestres como la *Minerva* de Chamberi) á un tiro de bala de la capital. Otros mejor aconsejados, desembarcan á millares en las animadas fiestas patronales de los pueblos del contorno, visitan sus bosques y deliciosas florestas, consumen alegremente sus provisiones sobre la verde alfombra ó bajo un pintoresco templete dedicado "*Al amor puro y fiel*" por el dueño de una fonda, ó el director de una sala de bailes donde se pagan *dos reales de entrada y las señoras gratis*. O bien aprovechando la feliz aplicacion de los caminos de hierro, se trasladan en pocos minutos á la magnífica terraza de S. German, ó á la animada feria y bellos parques de San Cloud, ó visitan la admirable fábrica y museo de porcelana de Sevres; ó el soberbio pensil y deliciosos bosques de Versalles. Este último sitio en especial es objeto de especial peregrinacion, y la doble fila de carriles de hierro establecidos últimamente á una y otra orilla del Sena permite tal frecuencia de comunicacion con la capital, que en cualquiera de los domingos del verano en que corren las fuentes del parque ó se permite al público la entrada del palacio, puede calcularse en treinta mil y mas personas las que en numerosos convoyes de 500 ó 600 cada uno, se trasladan durante el dia á aquella ciudad. — No es solo el famoso palacio y los rios é inmensos bosques y jardines de Luis XIV lo que tiene que admirarse en ella; es tambien el grandioso monumento levantado por Luis Felipe á la gloria nacional en el *Museo histórico* que ha mandado reunir en su rico palacio, interminable galeria en que se ven reproducidos en el lienzo y en la piedra todos los hechos memorables de la historia francesa desde la antigua monarquia de Clovis hasta la actual de 1830; todos los retratos de personajes notables, monumentos artísticos y un sin número de otros objetos análogos que exigen muchas visitas á aquella encantadora mansion.

El espectáculo de las ferias de S. Cloud y S. German es otro de los mas animados y pintorescos que verse puedan; pues en él vienen á reunirse lo hermoso del sitio de la escena, estensos bosques y bellisimos jardines; numerosa concurrencia de la capital y sus cercanias, é infinito número de tiendas provisionales improvisadas á lo largo de los paseos; con los innumerables y variados episodios que producen multitud de salones públicos de bailes, teatrillos de tablas, exposiciones de monstruos, juegos de manos, y experimentos de fisica recreativa. Es preciso asistir á semejantes farsas para conocer hasta donde alcanza el deseo de la ganancia en aquellos industriales, para conocer y admirar los ingeniosos medios de charlateneria que despliegan los *sallimbanquis*. Este tipo, otro de los que abundan en la baja sociedad francesa, y que es absolutamente desconocido en nuestra España, es uno de los mas cómicos y grotescos que pudiera inventar la imaginacion mas risueña; y no se sabe que admirar mas, si su estrambótica figura y fantásticos arcos, la osada petulancia de sus relaciones y pomposas ofertas, ó la ciega confianza del vulgo que los cree como suele decirse á pies juntos cuando le brindan con arrancarle las muelas *sin dolor*, cuando le ofrecen elixir para

vencer los rigores de su querida ú obligar á la fidelidad á sus maridos; cuando le escamotan las monedas en rápidos juegos de manos, cuando improvisan escenas altisonantes y trágicas ó recitan poemas burlescos y cuentos de fantasía; todo á la luz de numerosas teas, subidos en carros ó tablados enormes, interrumpidas sus voces por el redoble del tambor ó el ruido de los petardos. La musa cómica moderna ha presentado este tipo en una pieza titulada *Los Saltimbanquis*, en la cual bajo la figura popular del heroe *Bilboquet* se ha hecho célebre el distinguido actor *Odri*, el rey de la farsa; y los graciosos dichos, máximas y epigramas, que esmaltan el diálogo en aquella comedia han llegado á ser otros tantos refranes característicos y aplicables á todos los farsantes políticos y literarios, que tanto abundan en las sociedades modernas, y singularmente en la francesa.

Llegado el mes de octubre, y muy avanzado ya el otoño, van regresando á Paris las elegantes familias que ocupaban los castillos y casas de campo, los intrépidos *touristas* que habian salido á recorrer las orillas del Rhin, ó las montañas del Pirineo, y toda la cohorte de deidades teatrales que fueron á lucir sus voces, gestos y gambadas en las orillas nebulosas del Tamesis ó en las heladas márgenes del Newa. — Todos los teatros de Paris vuelven á recobrar su actividad, y los ingenios se apresuran á ofrecer á sus apasionados los frutos de sus meditaciones nacidas en un bosque de la Bretaña, ó en una cabaña de la Suiza. Vuelve á surcar las calles la inmensa multitud de elegantes carruajes, y la actividad del comercio y de la industria llega por aquel tiempo á su apogeo. — Las carreras de caballos en el *Campo de Marte*, los elegantes paseos de los *leones* (1), *al bosque de Boloña*, y el estreno de las piezas nuevas, y de los nuevos actores son los mas favoritos espectáculos del otoño, que por otro lado suele presentar días hermosísimos y templados, hasta que ya bien entrado noviembre empieza la estacion de las lluvias, de los frios, de las nieblas, que aconsejamos á nuestros paisanos no aguardar en Paris.

En el invierno último concluyó dignamente el año con el magnífico espectáculo que ofreció la llegada y marcha triunfal de las cenizas de Napoleon á los Inválidos, cuyo pomposo y poético aparato (que dejó atrás á los que nos cuentan las historias de los triunfos en la antigua Roma,) nos sería muy grato recordar y trasladar aquí sino hubiera sido ya tantas veces hecha esta descripción, y sino temieramos quedarnos en ella muy distantes de la verdad. Contentémonos pues con el mudo recuerdo, y la satisfacción que nos produce el haber asistido el 15 de diciembre de 1840 al mas grandioso espectáculo de este género que acaso haya ofrecido ú ofrezca en adelante el siglo actual. Y terminemos aquí nuestra reseña de la capital francesa, en la que acaso hayamos abusado de la paciencia del lector.

EL CURIOSO PARLANTE.

(1) La nomenclatura de la moda, tan fantástica como sus caprichos, ha adoptado en aquella capital el título de *Leones* y *Leonas* para designar á aquellos elegantes refinados, de ambos sexos, en quienes el cuidado de sus luengas barbas y cabelleras es la ocupacion principal. Llámase tambien *Tigres* los otros elegantes de medio carácter imitadores de aquellos, *Ratas* las figurantas del baile de la ópera, (sin duda por lo que devoran de príncipes alemanes, lores ingleses y financieros judios); y otros nombres así mas ó menos propios, lo que ha dado lugar á una graciosa sátira que se titula *Besitas curiosas de Paris y su rastro*.

DOM LOPE.

Suena el clarín. *El moro*,
Gritan cien voces fieras.
El rico peto de oro,
Las moradas banderas,
El atabal sonoro
Y las huestes guerreras,
Gloria ilustre de España,
Brillan en la campaña.

Luce al frente, escitando
Noble castaño al trote,
Jóven de aspecto blando,
Rubio el tufa y bigote:
Jamás tuvo Fernando
Lanza de cuyo hote
Refiriere mas lances
Castilla en sus romances.

Cubre altiva cimera
De pluma variada.
La blonda cabellera,
Cual vid ensortijada.
El broquel una hoguera
Representa, y grabada
Letra que dice: *Luego*
Será ceniza el fuego.

De nuevo, *el moro*, grita
La turba, y en el llano
Muchedumbre infinita
De ejército africano
Parece. La concita
Con invencible mano
Con espantosos ecos
Mustali de Marruecos.

Cuyo aspecto atezado
Cubre en pliegues nudosos
Gaban verde y morado.
Relámpagos fogosos
De furor concentrado
Vierte al mirar: rugosos
Los carrillos de heridas
Que costaron cien vidas.

Las dos masas opuestas
Vacilan agitadas
De intenso afán; apuestas
A morir, impulsadas
Por pasiones fúestas.
Las filas conturbadas
Ondean; los troteros
Reluchan altaneros.

Y en medio de esta escena
Confusa, en un instante
La mirada serena
Cambia en volcan tonante
Don Lope. La melena
Se le eriza: arrogante,
Dá espuelas al castaño
Con desórden extraño.

Que Mustali se ofrece
De repente á sus ojos,
Y el ánimo oscurece
Negra turba de enojos:
Y el pecho se estremece,
Y de vislumbres rojos
Se cubren las mejillas
Y manchas amarillas.

Ni aguarda ni medita;
Sanguinosa venganza
Sus pasos precipita,
Y aguija su esperanza.
«Don Lope» en vano grita
Voz de amistad. No alcanza
Su poder al que abriga
Sed de sangre enemiga.

Tal el milano ambriento,
Posado en alta roca,
Deja raudo el asiento,
Si su avidez provoca
La víctima. Violento,
Ya el de la hoguera toca
Las musulmanas filas
Pasmadas y tranquilas.

«Malsin» clama, «perverso»,
Que con indigno ultraje
Mancillastes el terso
Lustre de mi linaje:
Follon, del universo
Vil escoria, salvaje
Marroquí, negro inmundado,
Que execra y odia el mundo.»

«Muerte traigo, ó mi furia
Se extinguirá en la muerte:
Sangre pide mi injuria,
Derrámela el mas fuerte.
De tu brutal lujuria
Cayó víctima inerte,
Cayó en nefando día
La que fue hermana mia.»

„La que fué puro centro
De virtud, y aunque hermosa,
Mayor belleza adentro
Guardaba pudorosa;
Hasta que en un encuentro,
De alhaja tan preciosa
Se hizo dueña tu mano
Con designio villano.”

„Y como sucio insecto,
Que el capullo deshoja,
Tu labio en soplo infecto
Flor virgínea despoja
De su lustre, y abyecto
Desperdicio, se arroja
La infeliz á la huesa
Que la aguardaba ilesa.”

„Sal, forzador injusto,
Sal, cobarde maldito,
Si no lo impide el susto
Que acompaña al delito:
Sal, que el decreto justo
Del saber infinito
Señaló la barrera
De tu infame carrera.”

Dijo, y como la rama
Se estremece al silbido
De huracan que derrama
Boreas aterido,
Mustali, á quien inflama
Ya el furor, combatido
Por su rabia funesta,
No atina á dar respuesta.

Sale empero, y veloce
Lope la espuela agita,
Y al marroquí feroce
La bestia precipita,

Que el riesgo desconoce.
Su audaz empuje evita
Mustali, y se prepara,
Y al triunfo se prepara.

Mas en vano, que el ceño
Del Español no afloja,
Y en el segundo empeño
Su punta en sangre moja;
Ya del contrario dueño,
Leve al suelo se arroja,
Y lo estrecha y agarra,
Y el seno le desgarra.

Sin vida al moro viendo
La hueste musulmana,
Lanza bramido horrendo.
La juventud lozana
De Castilla, al estruendo
Corresponde, y ufana
Del triunfo de don Lope,
Parte unida al galope.

Chocan, cual dos torrentes
Que de montes lejanos
Descuelgan sus corrientes,
Arabes, y cristianos.
Leones inclementes
Los héroes castellanos,
Voz de piedad no escuchan,
Y frenéticos luchan.

Vencen, y el alarido
De la victoria suena,
Cual tremendo estampido
Que los aires atruena.
Mas lúgubre ruido
Pronto el júbilo enfrena,
Y repentino espanto
Cambia el júbilo en llanto.

Lívido, místico, frío
Yace el joyel de España,
Sobre el césped que un río
De sangre pura baña.
Jamás deber mas pio
Cumplió mas noble hazaña,
Que la que inmortaliza
Su hoguera y su ceniza.

J. J. DE M.

